



Terror a la luz de la antorcha

CHRISTIE GOLDEN

«Venga... Como hemos practicado. Respira hondo y choca los talones para que te dé suerte».

—¡Muy buenas tardes, mi estimado e inigualable maestro de espías!
—El capitán Flynn Vientopropicio marchó hacia la mesa de Mathias Shaw con una floritura seguida de una reverencia que hizo que su largo abrigo aleteara tras él—. Qué sorpresa encontrarte aquí.

—Trabajo aquí. —El timbre de la voz de Shaw indicaba que no era capaz de decidir si su respuesta era una pregunta o una afirmación.

—¡Claro! No paras de hacer eso. Trabajar, digo. —Flynn puso las manos en el borde del escritorio de madera, pulido pero práctico, con cuidado de

«Los marineros tenéis muchas supersticiones sobre fantasmas y cosas del estilo. El Bosque del Ocaso alberga uno de los mayores cementerios de Azeroth, y no todas las tumbas descansan en paz. Probablemente sea peligroso».

no aplastar los pergaminos con los que Shaw parecía haberse creado una fortaleza. Todos estaban atados con lazo y portaban el sello del reino de Ventormenta: una cabeza de león estampada en lacre azul.

—De hecho —empezó a decir Flynn con una sonrisa, al tiempo que soltaba un mapa amarillento y plegado en las manos enguantadas del otro hombre—, vengo a rescatarte del trabajo.

—Un mapa —dijo Shaw lentamente, dirigiendo sus ojos verdes hacia Flynn.

—Brillante deducción.

—Del Bosque del Ocaso.

—Caramba, qué listo eres.

—¿Dónde lo has conseguido?

—Lo gané en una partida de cartas.

—¿Y me lo das a mí? ¿Por qué?

Flynn señaló con el dedo una enorme X garabateada en el mapa.

—¡Pues para buscar el tesoro, claro! Eres un poco lento para ser tan listo.

Shaw suspiró, mirando las pilas de pergaminos.

—Vamos —le urgió Flynn, poniéndole una mano en el brazo—. Apenas te he visto un momento desde que volvimos de Zandalar. ¡Imagínatelo, amigo! Dos intrépidos aventureros (uno inusualmente atractivo; el otro, tú) cabalgando juntos al aire fresco en busca de un tesoro reluciente que espera que alguien se lo lleve...

—Pocos describirían el aire del Bosque del Ocaso como «fresco». Y la Guardia Nocturna puede que tenga algo que decir sobre eso de llevarse el tesoro.

—Bueno, pero tú los conoces. Seguro que puedes convencerlos para que permitan una pequeña búsqueda del tesoro. Además —Flynn señaló el escritorio de Shaw—, puedes ponerte al día con ellos ya que estás allí. Puede que tengan información para ti sobre... alguna que otra cosa.

La mirada de Shaw regresó a la mesa y a los pergaminos.

—¿Qué sentido tiene recorrerse el Bosque del Ocaso buscando cálices viejos o plata deslustrada?

—*Divertirse*, amigo. Algo que no has hecho mucho últimamente. Estando por aquí ya he visto lo que es... «diplomatar» y todo eso. —Flynn agitó el mapa—. Este es *mi* mundo. Y... quiero compartirlo contigo.

Shaw volvió a mirar el deteriorado mapa.

—Los marineros tenéis muchas supersticiones sobre fantasmas y cosas del estilo. El Bosque del Ocaso alberga uno de los mayores cementerios de Azeroth, y no todas las tumbas descansan en paz. Probablemente sea peligroso.

—Em, sí, bueno, tenemos muchas supersticiones. Y lo admito: prefiero la compañía de los vivos. Pero, sobre todo, prefiero *tu* compañía. Aparte, el tipo al que le gané el mapa me juró que es auténtico.

Flynn esbozó su sonrisa más aduladora. Había prometido a Shaw que sería paciente con él y lo había intentado verdaderamente. Sabía que la confianza de un espía se ganaba más despacio aún que la de un capitán experimentado. Aun así, con el silencio de Shaw, se le empezó a hundir la moral. Había surcado la habitación como un barco llevado por la pleamar de la emoción a un puerto tranquilo, con las velas henchidas de determinación, y ahora...

—Me queda mucho que hacer aquí —dijo Shaw.

La moral de Flynn se hundió, más y más profundo, hasta el fondo del mar, poco más que un pecio en...

Shaw palmeó a Flynn en el hombro y asintió, afable.

—Así que... ve a por suministros y deja todo listo al atardecer —dijo—. Para entonces habré acabado con esto.



—Hace un poco de frío, ¿no? —Flynn se ajustó aún más el abrigo mientras seguían el descolorido mapa del tesoro por el Bosque del Ocaso. El lugar era ciertamente deprimente. Hasta la posada y el pueblo que habían pasado parecían querer ahuyentar a los visitantes. De vez en cuando había un farol colgando de un poste, con su lucecita amarillenta conteniendo a duras penas la húmeda y fría oscuridad. Shaw tenía razón con lo del aire «fresco»: todo olía un poco a moho. Por suerte, la luz de la luna brillaba lo suficiente para que Shaw (quien seguramente estaba habituado a hacer cosas como leer mapas de noche en un lugar llamado, ni más ni menos, Bosque del Ocaso) no tuviera problemas con seguir el camino.

La ventana de una vieja casa cerca de ellos arrojaba una pálida luz que se oscureció por un instante.

—Todavía hay alguien levantado —comentó Flynn.

Del interior provino un espantoso quejido.

Shaw no se dio cuenta y continuó. En ese momento, una figura bloqueó la débil luz de la ventana. Flynn distinguió claramente las plumas y la punta de una flecha que aquella cosa tenía atravesada en la cabeza. Otro no-muerto.

«¿Cómo sería su expresión?», se preguntó. «Su rostro...».

—Por las mareas —murmuró Flynn. Aceleró el ritmo y adelantó a Shaw—. En unos minutos deberíamos ver algo bonito.

—¿Bonito?

—¡El Jardín Sereno, buen hombre! El olor de las flores ahora mismo me cambiaría la vida.

—Flynn, el Jardín Sereno es un cementerio.

Flynn sintió como el color se le iba del rostro.

—Ah, por eso esas rocas parecen lápidas. —Arrancó el mapa de las

manos de Shaw y lo escudriñó—. Solo había leído «Jardín Sereno». Pensé en eso, en un «jardín que está sereno».

—Antes toda esta zona era preciosa. Arboleda del Destello, se llamaba. Villa Oscura era antes Gran Aldea. Es difícil imaginárselo ahora.

Flynn le dio un trago a escondidas a su reconfortante ron y echó un vistazo a rápido al contenido de su mochila para calmar los nervios: pociones curativas, abrojos, veneno suave, ron, vendas, galletas, ron, un par de calcetines extra, ron. Escuchó a medias como Shaw continuaba su exhaustivo repaso a la historia del lugar. No sé qué de Medivh y no sé qué de una guadaña. Atravesaron campos de calabazas podridas vigiladas por un espantapájaros, sin duda capaz de asustar a mucho más que a un puñado de cuervos hambrientos. Mientras seguían las indicaciones del mapa, hacia el que empezaba a albergar un creciente resquemor, Flynn se metió de lleno en una telaraña.

Shaw despegó un largo y pegajoso hilo del cabello castaño de Flynn.

—Estamos cerca —dijo—. Asumiendo que el mapa está bien.

—Lo está, estoy seguro. Oye, después de toda esa basura de...

Un largo y grave aullido de dolor interrumpió al espadachín. El sonido atravesó la húmeda atmósfera como una navaja de barbero en manos de un aprendiz nervioso. Su desafinada modulación solo podía provenir de un lobo. Con suerte provenía de un lobo. Shaw alzó una ceja.

Flynn se giró sobre sus talones para buscar los ojos rojos, los dientes blancos y el pelaje negro que sin duda se abalanzarían sobre ellos. Ya había pasado suficiente tiempo con los pelos de punta, y Flynn Vientopropicio no iba a dejar que su arrojo durase tan poco. Los lobos eran una cosa; los no-muertos, otra muy distinta. Esto lo tenía controlado.

Dio un paso al frente, se metió en la maleza y gritó a Shaw.

—¡Yo me encargo, no te preocupes! ¡Y ese tesoro debería...!

Flynn se detuvo y se echó una mano a la boca.

Shaw se puso de un salto al lado de Flynn.

—¿Qué ha pasado?

Flynn se arrodilló junto a una joven que llevaba un uniforme oscuro teñido por una mancha creciente.

—Sostenle la cabeza —le dijo a Shaw, y luego metió la mano en su mochila. Descorchó un pequeño vial y lo vació en la garganta de la joven. Ella se lo tragó por instinto; durante un instante, pareció recuperarse, pero luego su cabeza cayó inanimada sobre el pecho de Shaw.

—¿La reconoces? —preguntó Flynn.

Shaw recogió el cuerpo flácido entre sus brazos con expresión sombría.

—Sarah Ladimor. Comandante de la Guardia Nocturna.



—Shaw..., ¿no crees que la comandante de la Guardia Nocturna debería poder defenderse de las amenazas locales?

—Normalmente puede —dijo Shaw, sin ofrecer nada más.

—Puede que esa poción haya detenido la peor parte, pero no está bien —enunció una voz ronca. El vigía Cutford, un hombre mayor alto, de pelo blanco y ojos vivaces, apareció por la puerta de la pequeña oficina de la Guardia Nocturna—. Seguidme. Pierde y recupera la consciencia una y otra vez.

Ladimor no tenía buen aspecto. Habían tenido que cortarle la ropa para vendarle las heridas, y el cabello que no estaba cubierto de vendajes estaba apelmazado por la sangre. Flynn había pagado una buena suma por la poción más eficaz de la tienda como preparativo para la caza del tesoro; la comandante tendría que estar mejor tras haberla ingerido.

Shaw se colocó rápidamente a un lado de la cama.

—¿Ladimor?

Los ojos de la mujer parpadearon un instante.

—Sh-Shaw —susurró—. La antorcha... de la... lla-llama sagrada. No está. Me informaron... Tenía que verlo. Era mi res-responsabilidad...

Flynn no tenía un pelo de tonto. Sabía que un objeto descrito con las

«"Vamos a tener que encontrar esa antorcha, ¿verdad?", preguntó Flynn, y suspiró».

palabras «llama» y «sagrada» no era algo que quisieras perder en un lugar como el Bosque del Ocaso.

—¿Dónde estaba? —Shaw ya se había puesto manos a la obra, con los brazos cruzados y el rostro serio. Ese hombre no parecía ni parpadear.

—En la Loma Inhospita —respondió uno de los vigías cuando la comandante volvió a desmayarse—. Después de que la antorcha se usara para derrotar a Morbent Vil, la comandante Ladimor la colocó justo delante de la casa de ese malnacido, orientada hacia el cementerio.

—¿Quién es Morbent Vil? —preguntó Flynn.

—Un nigromante. Y un exánime —añadió el vigía—. Le debemos mucho al grupo de héroes que se encargó de él hace tiempo. La antorcha se fabricó con hierro forjado por la Luz. Durante años ha desempeñado bien su función: disipar encantamientos oscuros y volver dóciles a los no-muertos.

—Su ausencia supondría una oportunidad perfecta para pillar desprotegido el Bosque del Ocaso —teorizó Shaw.

Flynn sintió como su pulso se desbocaba. Sin nada que pudiera mantener a los muertos a raya, podrían vagar libremente por el Bosque del Ocaso. Y si la antorcha llegara a manos de alguien con mucho poder y pocos escrúpulos, solo las mareas sabían lo que podía ocurrir.

La puerta se abrió de golpe. Entraron a trompicones más miembros de la Guardia Nocturna con camaradas heridos a cuestas. Estaba claro que la comandante no era la única vigía atacada esa noche.

—Cerro del Cuervo —susurró uno de los heridos—. Fantasmas, esqueletos, cadáveres andantes... Todos vienen hacia aquí.

A Flynn se le encogió el estómago. «Estúpido tesoro del demonio». Lo que daría por estar de vuelta en Ventormenta, ahogando su enfado en cerveza y lamentando que Shaw prefiriese garabatear pergaminos a unirse a él.

El rostro de Ladimor se descompuso por el dolor, pero lo que debería haber sido un quejido sonó como un gorgoteo ahogado. La sangre y la saliva le goteaban en las comisuras de los labios. Mientras Shaw discutía el asunto de marras con los vigías, Flynn cogió un paño húmedo. La cara y el cuello de la comandante seguían cubiertos de sangre. Los años en la mar le habían enseñado a procurar que los enfermos y heridos se mantuvieran limpios. Y, para ser sinceros, la comandante le inspiraba verdadera lástima. Flynn apartó la manta de las manos de Ladimor para limpiarlas, y se quedó boquiabierto.

Tenía úlceras descoloridas por todo el brazo, desde los nudillos hasta el hombro. Algunas seguían siendo pústulas, a punto de romperse, mientras que otras habían estallado y supuraban. Flynn conocía bien la enfermedad, las heridas e incluso la muerte. No le inspiraban ningún miedo. Lo que le podía pasar a alguien *después* de sufrir ese trágico trío era lo que lo alarmaba. Un absceso se abrió y un hedor insoportable alcanzó sus fosas nasales.

—Por las mareas... —susurró Flynn entre toses.

Mientras los vigías hablaban entre ellos, Flynn indicó a Shaw con gestos que se acercara y le murmuró al oído:

—Es como si se estuviera... *descomponiendo*. Y ni siquiera está muerta.

Shaw se cuadró y se remangó los guantes.

—Vamos a tener que encontrar esa antorcha, ¿verdad? —preguntó Flynn, y suspiró.



—Debo reconocer que la noche está remontando.

—Así es —dijo Shaw.

Los dos iban sentados a horcajadas en un solo grifo, que batía las alas camino al Cerro del Cuervo. Flynn tenía los brazos alrededor de la cintura de Shaw y la barbilla sobre el hombro del maestro de espías. Su mochila

estaba hasta los topes de toda clase de trampas, venenos, bombas y abrojos. Ajustó en el soporte la nueva espada que colgaba de su cintura.

—Estoy deseando probar mi Alfanje de Exterminación Magistral de No-muertos.

—No se llama...

—Ahora se llama así. Se siente.

—Tú no confundas las pociones con tu petaca —le advirtió Shaw.

—Pues no sé, amigo, puede que no sea mala idea. El alcohol embravece.

La voz de Shaw era inusualmente afable.

—No creo que lo vayas a necesitar.

Flynn pestañeó. «¿Shaw acaba de...?».

Pero, en el siguiente instante, el maestro de espías volvía a estar centrado en la misión.

—Puede que vayamos bien protegidos, pero va a haber muchísimos no-muertos salvajes por ahí. No nos va a bastar una espada... ni tus palabras cortantes.

Flynn buscó disimuladamente la petaca y acabó mirando hacia abajo por accidente. La densa arboleda de Bosque del Ocaso ocultaba casi todo lo que estaba ocurriendo en los caminos. Pero no todo. El camino se *movía*.

Era como si se hubiera roto una presa. Cuerpos que ni la suave luz de la luna podía maquillar avanzaban como un torrente hacia Villa Oscura. Había claros de luz aquí y allá, pero no ofrecían ningún consuelo. Si aquel tropel estaba formando realmente por cadáveres reanimados, haría falta un milagro cambiar las tornas.

—¿Es *necesario* que sigamos el camino? —le preguntó a Shaw sin darle importancia, aunque su voz lo traicionó al quebrarse.

—Vamos un poco hacia el norte —dijo Shaw. Parecía que no había notado la mella en la entereza de Flynn, algo que el espadachín agradeció. El grifo ascendió aún más alto, escorándose lentamente por encima de una malla de árboles que parecían mucho más vivos que el resto. Esta vez, cuando volvió a mirar abajo, Flynn vio un débil resplandor azul que no tenía nada que

ver con los espectros tambaleantes. El camino que llevaba hasta él estaba pavimentado de blanco y relucía a la luz de la luna. Flynn sintió como su temor remitía, aunque fuera levemente.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando con el dedo.

—La Arboleda del Crepúsculo —dijo Shaw—. He pensado que nos vendría bien contemplar algo relajante antes de pasar a la acción.

Flynn procesó la sensación cuando sus ojos captaron una reluciente luz azul que asomaba entre la densa maleza. Irradiaba de lo que parecía la orilla de un estanque en calma.

—Creo que ya he visto antes algo así... Es una poza de la luna, ¿no? Una cosa de los elfos de la noche.

—Sí. Las pozas de la luna están consagradas a su diosa, Elune. Sus aguas tienen propiedades curativas. Son lugares muy relajantes.

—Me gusta cómo suena lo de relajante. Propongo que, para nuestra próxima aventura, nos olvidemos de lo de la aventura y vayamos directamente a una poza de la luna.

—Te prometí que iríamos a un sitio tranquilo después de nuestra última desventura, ¿no?

—Sí, pero olvidas que *esta* desventura es técnicamente toda mía.

Shaw esbozó una de sus infrecuentes sonrisas.

—Pues que nuestra próxima aventura sea en una poza de la luna. Mientras tanto —La voz de Shaw regresó a su habitual frialdad—, ya casi estamos en el Cerro del Cuervo.

—No te preocupes, amigo —dijo Flynn mientras el grifo descendía—. Estoy totalmente preparado para esto.



«Que las mareas me ayuden; no estoy preparado para esto».

Shaw calculó que el lugar de aterrizaje estaba a una distancia segura del cementerio en sí. A Flynn más bien le parecía que Kul Tiras habría sido una

definición mejor para «distancia segura», pero no dijo nada. Shaw dejó ir al grifo para que volviera a Villa Oscura. Flynn lo envidiaba.

Ya había sido desolador ver los no-muertos desde el lomo de la bestia, pero, aun así, los grupos de los caminos no eran más que una reunión de amigos comparado con las multitudes que veían allí.

—Recuerda —dijo Shaw—: estos son no-muertos ferales. Funcionan por instinto, no por intelecto.

Flynn se enderezó.

—¡Un par de pícaros como nosotros pasarán desapercibidos sin problemas! Eh... ¿A dónde tenemos que pasar?

—A la Loma Inhóspita, donde se vio la antorcha por última vez. Puede que encontremos alguna pista de lo que pasó.

Flynn vio a Shaw elegir su cobertura con cuidado y desaparecer de la vista. Flynn hizo lo mismo con la cultivada habilidad de un niño robando dulces a espaldas de sus padres. Poco a poco, Flynn siguió al maestro de espías; se movían con tanto cuidado que las hojas de hierba apenas cedían bajo sus pies. De cerca, los no-muertos salvajes eran incluso peores que en la imaginación de Flynn. Todo su cuerpo protestaba ante la sola idea de contemplar órganos esponjosos y putrefactos, y huesos limpios fuera de la piel. El hedor de la descomposición le revolvió el estómago, pero consiguió echarle valor... sin echar el desayuno. Shaw lo necesitaba en plenas facultades y así es como iba a estar.

«Destartalado» era el mejor adjetivo que se le podía poner a la casa, que era exactamente lo que uno se imagina como hogar de un exánime. Shaw señaló un poste cerca de la puerta rodeado de una especie de círculo ritual. El anillo protector estaba roto, como demostraban las...

—Huellas —susurró Shaw—. Pero no son huellas normales. ¿Ves que se ha marchitado la hierba?

Pero Flynn no podía concentrarse en las huellas. Ni siquiera en Shaw. Ya había encontrado a la criatura que podía hacer que el suelo se pudriera bajo sus pies.

«Unos oscuros y tenebrosos zarcillos serpentearon alrededor de la empuñadura plateada de la antorcha, y la llama empezó a agitarse frenéticamente, pasando de un relajante blanco dorado a un morado oscuro, como si fuera una magulladura».

Era humana... o al menos lo había sido. Estaba envuelta en una túnica gris que parecía manchada de suciedad, sangre y otras cosas que daba asco contemplar. Llevaba la capucha bajada, lo que revelaba su cabello negro, enredado por el viento. El rostro de la desconocida estaba hundido y demacrado como si estuviera muerta, pero, por alguna razón, a Flynn no se lo parecía. Sus ojos emitían un enfermizo brillo verde y, donde quiera que pisase, la hierba se quebraba y se secaba.

«Pues ya hemos resuelto ese misterio».

Dos fantasmas la escoltaban, flotando a su alrededor como una especie de barrera protectora giratoria. Sus rostros estaban hinchados como los de cuerpos ahogados que asoman a la superficie antes de desaparecer bajo el implacable oleaje, una imagen que Flynn había contemplado con demasiada frecuencia. Otras cosas antinaturales le hacían un pasillo, como si obedecieran una orden no pronunciada. El resto siguió vagando sin propósito ni sentido.

Pero había algo más, humillante y descorazonador, en la imagen que tenía ante él: la hechicera (o la nigromante, fuera cual fuera su estilo de espanto) portaba una larga reliquia de mango plateado cuyo halo de metal rodeaba un fuego blanco. Solo podía ser la antorcha de la llama sagrada.

Una mano se posó en su hombro.

A Flynn casi se le escapa el corazón por la boca, pero solo era Shaw.

—No puede percibirnos —susurró—. Si así fuera..., lo sabríamos.

Tenemos que seguirla y averiguar qué quiere hacer con la antorcha. ¿Ves esa tela enrollada en la empuñadura? Parece que no puede tocarla directamente, lo que nos beneficia.

La presa se dirigía a una gran estructura de piedra blanca esculpida. Se quedó un momento frente a la entrada y luego descendió por los escalones de piedra a las profundidades del sepulcro.

—¿Me conviene preguntar a dónde va?

Shaw no respondió de inmediato. Se volvió hacia Flynn y lo miró directamente a los ojos.

—A las catacumbas —dijo de forma tranquila y pausada—. Seguramente es allí donde es más fuerte. Es lógico que vaya a donde tiene acceso a numerosos cuerpos.

Flynn se dio cuenta de que estaba temblando. Le daban ganas de pegarse un puntapié. Había estado manteniendo muy bien la compostura por Shaw. Pero ahora, esto.

—Amigo..., eso no ayuda —dijo, con un leve intento de risa.

—Tú no necesitas ayuda, Vientopropicio —dijo Shaw—. Has soportado todo lo que este lugar dejado de la mano de la Luz podría echarnos a la cara y, sin embargo, *aquí estás*. Sé que son muchos, pero eso no importa. Solo tenemos que hacer una cosa: devolver esa antorcha a su lugar. Quiero que sepas que te cubro las espaldas. Y... que sé que tú cubres las mías.

Flynn asintió, enmudecido. Por supuesto que le cubría las espaldas a Shaw. Se había enfrentado a un dragón por él. ¿Qué eran, ciertamente, unas pocas (¿muchas?) criaturas que ni siquiera estaban vivas?

—Por supuesto, amigo —dijo al fin—. Esa antorcha debe ser nuestra. Vamos a darles una paliza a esos huesudos.

Y así fue él, Flynn Vientopropicio, el que entró primero en las catacumbas.

Atravesaron la planta superior sin alertar a ningún no-muerto. «Hay una veintena o así», se dijo Flynn. «Muy bien, amigo». Luego, otra planta. Poco a poco, fueron bajando a las húmedas profundidades de las serpenteantes tumbas. La luz que irradiaba de las escaleras que llevaban al nivel más

profundo delataban lo que estaba pasando allí. Bajaron por ellas con tanto cuidado que las llamas de los blandones ni siquiera se agitaron a su paso.

La hechicera les daba la espalda y susurraba palabras desconocidas pero inquietantes en el centro de un círculo de polvo blanco. «Huesos», pensó Flynn. «Con la suerte que tengo, seguro que son huesos».

La antorcha de la llama sagrada flotaba ante ella. Flynn se dio cuenta al observarla que estaba imponiendo su voluntad sobre ella. Unos oscuros y tenebrosos zarcillos serpentearon alrededor de la empuñadura plateada de la antorcha, y la llama empezó a agitarse frenéticamente, pasando de un relajante blanco dorado a un morado oscuro, como si fuera una magulladura. Flynn comprendió que estaba presenciando una batalla entre la voluntad de lo sagrado y de lo profano, una batalla por el futuro de esta atribulada tierra del Bosque del Ocaso, y puede que más allá.

Como si percibiera sus pensamientos, la hechicera cesó los cánticos. Giró lentamente la cabeza a la izquierda y una repulsiva sonrisa se formó en lo que quedaba de sus labios.

—Sé que estáis aquí —dijo con una voz hueca y siniestra.

Shaw echó un vistazo a Flynn y negó sutilmente con la cabeza: «Mantente oculto». Después se enderezó, lo que permitió que la nigromante lo viera. El maestro de espías llevaba sus dagas envenenadas listas.

—¿Cuál es tu propósito? —le planteó Shaw—. ¿Has traído a Morbent Vil de vuelta para atormentar a las gentes del Bosque del Ocaso?

La mujer soltó una carcajada gutural.

—¡Ah, Morbent Vil! Casi resulta entrañable. No, maestro de espías. No tengo ningún interés en ese saco de abono. Y mis aspiraciones son mucho mayores.

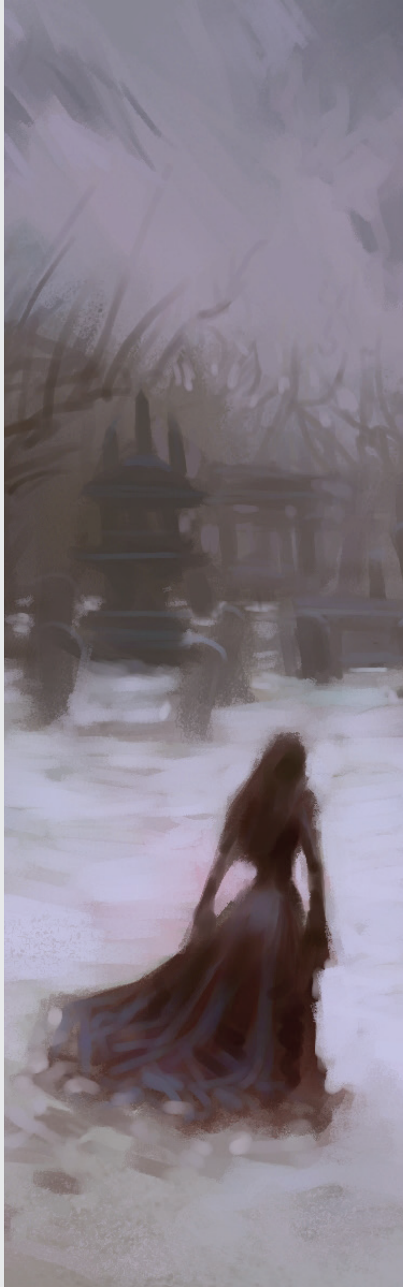
Flynn deslizó una mano al bolsillo lateral de su bolsa sin hacer ruido con la esperanza de que tuviera razón acerca del polvo de huesos. Se arrodilló con delicadeza junto al círculo ritual y sacó lentamente su petaca. Susurró una disculpa al precioso licor de su interior, inclinó el recipiente y dejó que el ron empezara a arrastrar el hueso molido.

—¿«Aspiraciones»? —se mofó Shaw—. Así que no solo eres un peligro, sino *también* una ilusa.

Flynn volvió a mirar a la antorcha. Una nigromante... Un artefacto corrompido... Una combinación nefasta.

La nigromante apenas sonrió.

—He visto cosas cambiando, maestro de espías. Visiones en la podredumbre. Verdades en la descomposición. Los que estamos entre la vida y la no-vida lo sentimos en el tuétano. La muerte viene a por el alma de este mundo, y yo pretendo prepararme para su llegada. Tengo en el punto de mira ciudades más dignas que el Bosque del Ocaso, pero siempre es divertido volver a lugares con encanto como este. —Hizo un gesto, y sus espíritus se arremolinaron a su alrededor como títeres en una cuerda—. Hay tantas cosas muertas con las que jugar... Puede que me lleve al maestro de espías del rey cuando me dirija a Ventormenta. Te volveré en contra de todas las cosas (y personas) que amas. Ya has matado antes, ¿verdad, maestro de espías Shaw? Te adaptarás pronto.



El último rastro de polvo de hueso cedió; el círculo se había roto. Flynn embistió hacia delante con las espadas, esforzándose al máximo para cortar la cabeza a la nigromante. Pero, en el último momento, ella lo esquivó y blandió su propia daga mientras su boca escupía una serie de maldiciones. Flynn juró haber podido oír el filo cortar el aire cuando casi lo rozó.

—Vientopropicio, ¡la antorcha! —gritó Shaw, saltando sobre la nigromante. Le envolvió la garganta con un garrote y retorció. Una mano de uñas negras voló a su cuello para intentar aflojar el alambre, mientras su garganta solo emitía jadeos. Flynn extendió el brazo por encima del cuerpo convulso de la nigromante, se preparó para lo que pudiera ocurrir y agarró el artefacto en el aire.

El tiempo pareció detenerse. En vez de inquietud, sintió que se llenaba de paz, de luz, de esperanza. Pero la profanación de la nigromante había dejado huella. La antorcha de la llama sagrada aún no se había corrompido, pero ya no era un arma contra el mal como lo había sido antes. La desesperación llegó de golpe. Flynn no era sacerdote. Tampoco Shaw. Solo eran dos hombres intentando hacer lo posible por hacer del mundo un lugar un poco mejor. Un poco más seguro. Flynn casi podía sentir cómo la antorcha, pese a estar contaminada por la oscuridad de la nigromante, luchaba por recuperar su antigua santidad.

Todo esto y más sintió en lo que dura un latido, y un pensamiento surgió en su mente: «No puedo arreglarte..., pero sé lo que podría hacerlo».

Flynn exclamó con todas sus fuerzas:

—¡Shaw! ¡Hora de nuestra siguiente aventura!

La frase era tan inesperada que distrajo a Shaw el instante justo para que la nigromante se liberara. Cogió aire y escupió una sarta de sonidos guturales.

Shaw gruñó y tropezó, agarrándose el pecho, pero el maestro de espías consiguió ponerse en pie junto a Flynn, y juntos se apresuraron hacia la entrada. Flynn podía oír cosas moviéndose y arrastrándose más adelante,

cosas que deberían haber muerto varias veces ya. Era evidente que la nigromante se había recuperado lo suficiente para dar más órdenes.

—Aventura, ¿eh? —dijo Shaw, jadeando al correr—. Cuéntame: ¿qué crees que puede ofrecernos la poza de la luna?

—Igual que el ron sirve para limpiar heridas, imagino que se necesita algo mágico para limpiar una antorcha mágica.

—Eres un genio y un chiflado a partes iguales.

No había tiempo para el miedo, solo para el instinto; Flynn saltó a la acción sin pensárselo. En una mano llevaba la antorcha y, en la otra, su alfanje. Con sus furiosos sablazos destrozaba cajas torácicas y lanzaba cráneos por los aires. Cuando un cadáver cargó contra él, todo carne rezumante y dientes afilados, Flynn le dio una patada que lo hizo retroceder tambaleante hasta las dagas de Shaw. Flynn le lanzó la mochila a Shaw antes de correr al siguiente tramo de escaleras. Todos los monstruos que habían eludido antes los estaban esperando.

—¡La antorcha! —gritó Shaw, girándose para luchar contra tres de aquellas cosas babosas.

Flynn agitó la antorcha ante los no-muertos ferales, lo que prendió fuego a los retales de su ropa. Los muertos retrocedieron chillando ante la Luz Sagrada. A Flynn se le aceleró el corazón: a pesar del ritual incompleto, la antorcha no estaba del todo arruinada! Abriéndose camino como podían, emergieron al fétido aire nocturno y corrieron hacia las puertas del cementerio.

Tras él, Flynn oyó una pequeña explosión provocada por la detonación de una bomba de veneno y sonrió. Shaw estaba usando la bolsa de Flynn de trampas y truquitos. Abrojos. Pequeños artefactos incendiarios. Viales de veneno. Polvo cegador. Todo ello volaba por encima del hombro de Shaw, y Flynn sabía que al menos parte de ellos estaban logrando el efecto deseado.

Flynn notó que a Shaw le costaba respirar cuando este lo alcanzó. Flynn lo miró... y se quedó horrorizado.

—Shaw... Tu cara...

El rostro del maestro de espías se veía pálido a la luz de la luna, brillaba de sudor... y mostraba unas pequeñas pústulas de aspecto repugnante.

«No, por las mareas, él no...».

—¡Grifos! —gritó Shaw, señalando un punto borroso. Flynn se sintió casi mareado de alivio. Mientras los vigías huían o se unían a la oleada de no-muertos salvajes, uno de sus grifos mordía frenéticamente su atadura.

—Hola, bonito —le gritó Flynn mientras cogía la cuerda—. ¡En un momento, *todos* habremos escapado!

Shaw trepó hasta la silla. Cuando Flynn cortó la atadura del grifo, este despegó tan rápido que casi no le había dado tiempo a subirse a su lomo y, durante un terrible instante, estaba convencido de que la bestia iba a irse sin él.

Pero Shaw no iba a permitirlo. A pesar de estar enfermo, el maestro de espías tomó a Flynn de la muñeca y lo columpió hacia la parte delantera del grifo. Este abrió sus garras para atraparlo y lo siguiente que supo Flynn es que estaba siendo llevado en volandas.

Miró hacia abajo, a las siluetas de los no-muertos que menguaban rápidamente, e hizo un gesto obsceno.

—Hasta nunca, basura infecta... ¡Shaw! ¡Por detrás!

La nigromante los seguía.

Su montura era más aterradora que los horrores rastreros de los que habían escapado. Brillaba con la misma aura enfermiza que su dueña, y apenas lo sostenían un pellejo putrefacto, un esqueleto equino en descomposición y la nigromancia. Pero Flynn nunca había visto un caballo con alas. Aquel corcel de pesadilla era un repulsivo batiburrillo de todo lo asqueroso y antinatural del mundo... y lo peor de todo es que se les estaba acercando.

El grifo empezó a batir más rápido las alas. Flynn apartó la mirada de su perseguidora y miró abajo. Ahí estaba, acercándose con cada batir de alas: la poza de la luna. Serena, hermosa y la respuesta a las plegarias de Flynn.

Un destello verde alcanzó el ala de la bestia cuando comenzaba a aterrizar. El grifo entró en barrena y Flynn y Shaw cayeron de su lomo.

«Estaba herido, ensangrentado y exhausto, pero de una pieza. Flynn caminó torpemente hacia él y se aferró a él como si nunca lo fuera a soltar».

Después volvió a despegar, renqueante, rumbo a Villa Oscura.

—¡Shaw! —La voz de Flynn se quebró al llamarlo. Las úlceras del rostro y del pecho del maestro de espías se habían multiplicado. Flynn se acercó para sujetarlo, pero Shaw lo alejó con un suave pero firme empujón.

—Yo la mantendré ocupada. Tú purifica la antorcha. Es la única esperanza que nos queda.

Se dio la vuelta, sacó sus dagas y miró al cielo con una expresión resuelta en su rostro lleno de llagas. La nigromante descendía con un batir de alas andrajosas y un aire repugnante.

Flynn pensó que nunca había visto un acto más valiente en su vida.

Tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para darle la espalda a Shaw y dirigirse a la poza de la luna. «Funcionará. No puede ser de otra manera». La alternativa era impensable.

Flynn se zambulló en las apetecibles aguas azules y después emergió casi sin detenerse, salpicando y avanzando sin cuidado, al borde de las lágrimas por la falta de aire. Llevaba la antorcha en una mano, mientras que, con la otra, recogió un poco del valioso fluido, con el que bañó la empuñadura. «Vamos, vamos...».

Las llamas se agitaron, emitieron un breve resplandor blanco y luego cedieron al tono oscuro. Una y otra vez, Flynn la remojó con la atención puesta en Shaw y en el monstruo contra el que ahora luchaba.

Shaw la había herido en las catacumbas; en su garganta se veía un delgado hilo de lama oscura y melosa. También se movía ahora más lenta, pero a Shaw le pasaba lo mismo. Tenía sangre en la armadura, en parte demasiado roja y fresca como para ser de los cadáveres. La nigromante

estaba hablando, pero no pronunciaba hechizos. Esta vez no.

Shaw se quedó parado por un instante y volvió la cabeza para mirar a Flynn.

Reinaba la oscuridad, y la mirada fue fugaz. Flynn no pudo discernir con claridad la expresión de Shaw, pero algo de lo que había dicho la hechicera lo había desmoronado: ahora miraba a Flynn con una mirada tan indefensa y atormentada que casi le partía el corazón. ¿Qué había dicho para desmontar el estoico comportamiento de Shaw, para provocarle esa expresión de pánico?

La mujer siguió la mirada de Shaw y se rio. Qué infantiles debían parecerle.

—Las alas oscuras se llevan todo lo que más quieres —dijo a Shaw entre gorgoteos—. Ese día será...

Rugiendo de angustia, Flynn sumergió la antorcha en la poza de la luna.

La llama se extinguió.

El horror lo invadió. Después, una nueva sensación le subió por el brazo y le llegó al corazón. Alegría. Valor. Convicción. Y, a pesar de seguir sumergida en la poza de la luna de los elfos de la noche, la antorcha estalló en vivas llamas blancas y sagradas.

Flynn gritó de alegría y salió de la poza para abalanzarse sobre la nigromante y saborear la expresión en su horrible rostro cuando prendió en llamas su capa. Ella emitió un grito ahogado y luego empezó a chillar mientras se encogía ante la antorcha. Las llamas la consumieron fácilmente, devorando cuerpo, cabellos y telas por igual. Su piel empezó a despegarse en pliegues grasientos. Sus lamentos se convirtieron en una tos mojada y luego en silencio cuando las dagas envenenadas de Shaw le atravesaron el cuello. La nigromante se derrumbó, por fin tan muerta como los cadáveres que comandaba.

Jadeando, Flynn posó la mirada en Shaw: estaba herido, ensangrentado y exhausto, pero de una pieza. Flynn caminó torpemente hacia él y se aferró a él como si nunca lo fuera a soltar.

«Shaw sonrió. Su sonrisa era suave, era cálida, era real, y llenaba a Flynn en todo su ser. "Porque...", empezó Shaw, estrechando la mano de Flynn, "confío en ti"».



Flynn sonrió mientras miraba la antorcha, ya a salvo en su lugar de custodia. Seguiría protegiendo la Loma Inhóspita, espantando oscuros recuerdos y ofreciendo una reconfortante claridad en su lugar.

Shaw había localizado a una vigía de patrulla y la había enviado de vuelta a Villa Oscura con la buena noticia de que se había acabado con al menos un sirviente de la oscuridad y de que se había recuperado y purificado la antorcha de la llama sagrada.

—¿Capitán Vientopropicio? —La comandante Ladimor apoyó todo su peso en el brazo del vigía Cutford. Se movía despacio, pero sonreía. Al igual que ocurrió con Shaw, cualquier rastro de la enfermedad antinatural que había amenazado con consumirla había desaparecido.

—El Bosque del Ocaso tiene una gran deuda con vosotros —dijo—. Esta noche habéis salvado muchas vidas, incluida la mía. Si no hubierais impedido que esa nigromante corrompiese la antorcha..., no habría sido la primera vez que toda una región habría caído ante los no-muertos.

—Tus vigías hicieron el trabajo sucio —dijo Shaw—. Gracias a ellos, las muertes en Villa Oscura han sido mínimas. Te sugiero que dupliques las patrullas. Yo enviaré guardias desde Ventormenta como refuerzo. La

nigromante dejó caer que la amenaza no había terminado. —Se quedó mirando la antorcha, especulativo—. Y no quitéis los ojos de esto. Ni un momento.

—Bueno, amigo —dijo Flynn—, ya que todo ha terminado, ivamos a darnos un baño y a celebrar el trabajo bien hecho!

—Ve yendo tú —dijo Shaw—. Yo tengo que terminar unos asuntos aquí.

—Ah —reaccionó Flynn—. Vale, vale. Pero... hemos formado un buen equipo, ¿verdad?

—Así es —dijo Shaw. Miró a Flynn unos segundos y después asintió, como si hubiera llegado a una conclusión. Después se dirigió a la comandante Ladimor—. Comandante, ¿podemos hablar?



Flynn regresó a la posada, se bañó y se cambió de ropa con la moral baja. En parte, esperaba que Shaw llegara tarde, como siempre, pero, cuando bajó las escaleras, Shaw ya estaba limpio y había reservado dos sitios junto al juego.

—Estás como nuevo —le dijo a Shaw, quien ciertamente estaba impecable.

—Tengo un regalo de la Guardia Nocturna —dijo Shaw mientras Flynn se acomodaba en su asiento—. No pudimos completar nuestra caza del tesoro, así que les di tu mapa... y encontraron esto. Creo que te parecerá de un valor incalculable.

—¡Uuh! —Los ojos de Flynn se iluminaron al abrir el regalo envuelto en arpillera. Empezó a reírse cuando alzó un espejo de mano con un resplandor extrañamente lustroso—. Después de estar apurados, un buen apurado. —Le encantaban los juegos de palabras—. Y sin duda tiene un valor incalculable. Me encanta mirar a hombres apuestos.

Shaw no respondió. La sonrisa de Flynn desapareció.

—¿Qué ocurre?

—He estado pensando —explicó Shaw, mirando fijamente al fuego—.

Sarah tenía razón. Esta noche podría haber sido un desastre. La antorcha es un artefacto poderoso, y hay muchos objetos similares; la mayoría, por suerte, guardados bien a salvo. De vez en cuando, el rey me envía a echarles un vistazo. Azeroth no va a estar nunca más tranquilo de lo que está ahora mismo. Sería un momento perfecto para llevar a cabo un viaje de inspección y catalogar todo lo que conocemos. —Clavó sus ojos verdes en los de Flynn, a quien el corazón le dio un vuelco.

—Tendré que ausentarme mucho tiempo. Los acontecimientos de esta noche parecerán un paseo tranquilo en comparación. Hablaré con mis contactos, algunos totalmente infiltrados, y discutiremos asuntos de estado. Me mostrarán escondites secretos. Me confiarán el cuidado de valiosos artefactos. Habrá cuevas, y enemigos, y fantasmas, y criptas. Siempre cabe la posibilidad de que no regrese con vida.

Flynn presintió que se avecinaba una despedida y no pudo soportar ni un segundo más la mirada de Shaw.

—¿Lo dices porque...? A ver... Cuando luchabas con la nigromante y yo intentaba purificar la antorcha, ella dijo algo. Y tú me miraste, y con qué cara, Mathias... Ella dijo algo de unas alas oscuras y...

Shaw se acercó y agarró con fuerza la mano de Flynn.

—Lo vi todo, Flynn. Todo. No cargaste las mochilas con ron, sino con vendas, trampas y armas. Tuviste la amabilidad de permanecer junto a alguien que sufría y tuviste la perspicacia de percartarte de algo letal a tiempo para que pudiéramos arreglarlo. A pesar de que te aterrizan, decidiste enfrentarte a docenas de no-muertos en uno de los mayores cementerios del mundo. Luchaste contra un ser peligroso y averiguaste la forma de derrotarla... y de salvarme la vida. No me estoy despidiendo, Flynn. Te estoy pidiendo que vengas conmigo.

Los ojos de Flynn, incrédulo y esperanzado, se abrieron de par en par.

—¿Yo? ¿Por qué?

Shaw sonrió. Su sonrisa era suave, era cálida, era real, y llenaba a Flynn en todo su ser.

—Porque... —empezó Shaw, estrechando la mano de Flynn— confío en ti.

Hay muchas frases maravillosas de tres palabras que uno se muere por oír. «Te quiero mucho». «Qué buen ron». «Estás muy guapo». Pero, en aquel momento, el «confío en ti» de Mathias Shaw estaba por encima de cualquier otra frase en este mundo desgraciado.

Se sentó con una breve sonrisa estúpida y luego se aclaró la garganta para decir con exagerada indiferencia:

—Sabía que me ibas a pedir que fuera contigo.

Los ojos de Shaw se encendieron.

—¿De verdad?

—Sí, por supuesto. —Flynn tiró suavemente de la mano de Shaw—. Piénsalo —continuó, inclinándose hacia delante y suavizando la voz a medida que Shaw estrechaba la distancia entre ellos—, ¿por qué ibas a querer viajar... sin un viento propicio?

—No puedo ni imaginarlo —susurró Shaw, y lo besó.

créditos

AUTORA:

Christie Golden

EDICIÓN:

Chloe Fraboni y Allison Irons

DISEÑO:

Betsy Peterschmidt

PRODUCCIÓN:

Brianne Messina

CONSULTORÍA DEL UNIVERSO:

Justin Parker

CONSULTORÍA CREATIVA:

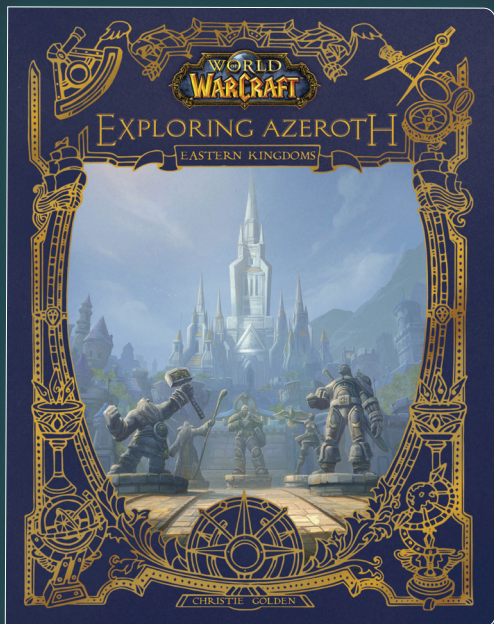
Ely Cannon, Steve Danuser y Korey Regan

TRADUCCIÓN:

Mizar Becerril y Pablo Barroso

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES:

Jason Campbell, Jamie Cox, Anna Ficek-Madej, Thomas Floeter, Felice Huang y Ty Julian



¿Qué otros poderosos artefactos y terribles secretos descubrirán el maestro de espías y el espadachín? ¡Aventúrate junto a nuestro querido dúo en un viaje por la historia de su tierra natal en *Explorando Azeroth: Los Reinos del Este*, de Christie Golden!